

La acogida de producciones como *The Wire* o *Breaking Bad* ponen de manifiesto la madurez de un género que consolida a una nueva estirpe de creadores estrella. *Star Wars*, en los setenta, y *Canción triste de Hill Street*, en los ochenta, son dos producciones dispares, pero que marcaron el sendero en el que se encuentra hoy la producción audiovisual.

JULIÁN DÍEZ

Las series televisivas baten en popularidad e influencia

El responsable de *Canción triste*, Steven Bochco, es el primero de los grandes *showrunners* de la televisión estadounidense. Se trata de los nuevos genios respetados y millonarios del medio audiovisual: los guionistas-productores que tienen toda la trama de una serie en su cabeza. La progresiva conversión del cine comercial en industria multimedia desde *Star Wars* ha cedido progresivamente a estos creadores la hegemonía creativa; ahora, para cerrar el círculo, el responsable de las siguientes películas de *La Guerra de las Galaxias* será un talento encumbrado en la televisión: J.J. Abrams.

Reconocimiento. En España, donde algunas de las series internacionalmente más reconocidas solo pueden verse en canales de pago, el fenómeno quedó consagrado de manera oficial con un artículo de Mario Vargas Llosa hace un par de años. En él, el premio Nobel aseguraba que la serie *The Wire* tenía “la densidad, diversidad, ambición totalizadora y sorpresas que en las buenas novelas parecen reproducir la vida misma”, y la comparaba con las grandes novelas de Dickens y Dumas. *The Wire* está considerada por buena parte de la crítica como la mejor serie de la historia, y la comparación más frecuente es con Shakespeare: partiendo de una investigación sobre el tráfico de droga en barrios marginales de la ciudad de Baltimore, se hace un retrato de la sociedad estadounidense en su

La singularidad española

España produce numerosas series de televisión, pero permanece aislada de los mercados internacionales salvo por honrosas excepciones. Los éxitos pasados de *Verano azul* o *Médico de familia*, que se emitieron en decenas de países, no han tenido apenas continuidad. El problema, para empezar, está en una cuestión meramente presupuestaria: los 100.000 euros por capítulo que viene a costar una serie española de primera fila, tipo *Isabel* o *Gran Hotel*, son apenas un 10 por ciento de sus equivalentes estadounidenses. Además, por condicionamientos de las cadenas, los capítulos de las series españolas suelen durar 70 minutos, casi el doble que el estándar, una duración inusual y que aún supone mayores dificultades económicas.

A diferencia de otros sectores culturales, la televisión ve las descargas ilegales como una posible ventaja

conjunto, en particular a partir de personajes de enorme riqueza.

Los 60 episodios de la serie, que se emitieron en Estados Unidos entre 2002 y 2008, fueron responsabilidad de un experiodista, David Simon, y un expolicía, Ed Burns, y en ellos colaboraron varios de los principales escritores de novela negra estadounidense, como Dennis Lehane o George Pelecanos. Simon tenía el proyecto claro en la cabeza: consagrar los episodios de cada año al análisis de una faceta de la sociedad. Se trata en rigor de una sola historia de 60 horas, lo que le da una profundidad en el tratamiento de temas y personajes imposibles para el cine.

Ese tipo de relato tampoco hubiera sido posible en la televisión de décadas pasadas. Sujetas siempre a los vaivenes de la audiencia, las series resolvían en cada capítulo una trama sin complicarse en una estructura que pudiera quedar colgada en caso de cancelación por falta de audiencia. Además de la citada labor de Steven Bochco, al menos otros dos factores contribuyeron decisivamente a que ese modelo más arriesgado haya sido posible: la existencia de los canales de cable, que encargan por anticipado temporadas completas de una docena de episodios independientemente de sus resultados en cuanto a audiencias, y la venta de los dvds. Los paquetes de episodios de televisión tienen ya en Estados Unidos ventas comparables a los de las películas, según los datos de la industria el año pasado.



Los guionistas-productores de estas series son los nuevos genios del medio audiovisual.

Otro jalón importante fue, posiblemente, la serie *Friends*. Cuando tras su sexta temporada de éxito los actores de la serie –de los que solo Jennifer Aniston ha conseguido tener luego una carrera relevante–, lograron un aumento de sueldo hasta el millón de dólares por episodio, elevaron sus ingresos muy por encima de los de cualquier estrella de cine: los seis protagonistas cobraban por igual, aumentando el gasto de la serie en sueldos a más de 140 millones de dólares anuales. Pese a esa descomunal inversión, *Friends* fue un fenómeno comercial sobresaliente que las series humorísticas de formato corto no han repetido hasta hoy.

Descargas en internet. Un factor adicional es la extensión de las descargas ilegales a través de internet. Buena parte de los seguidores más fieles de las series en todo el mundo ven los capítulos apenas unas horas después de su emisión en Estados Unidos. A diferencia de otros sectores, la industria de la televisión no ve con malos ojos este fenómeno: “la piratería es para nosotros ahora mismo mejor que un Emmy”, dijo el consejero delegado de HBO, Jeff Bewkes, al ser preguntado por los datos de descargas de *Juego de Tronos*, su serie estrella del momento. Según la web *Torrent Freak*, los

Friends demostró que era posible la viabilidad comercial de una serie que costaba seis millones de dólares por episodio solo en sueldos de sus estrellas

episodios de esta serie son descargados de sus servidores en torno a seis millones de veces en los primeros días tras la emisión. Sin embargo, a HBO no le preocupan esas cifras, porque facilitan el boca a boca que abre la puerta a las ventas internacionales y refuerzan la presencia de su *merchandising*. Los que descargan son, de alguna forma, los mejores prescriptores de sus productos.

Junto a *The Wire*, varias producciones más son citadas con frecuencia como candidatas al título de mejor serie de la historia. *Los Soprano*, cuyos 86 episodios se emitieron originalmente entre 1999 y 2007, retrata los avatares vitales de una familia de mafiosos de Nue-

va Jersey. Fue calificada por *The New York Times* como “el mejor trabajo de la cultura popular estadounidense en el último cuarto del siglo XX”.

Mad Men, que retrata el entorno de una agencia publicitaria neoyorquina de los años sesenta, ha sido la gran dominadora de los premios televisivos en los últimos años y es obra de uno de los creadores de *Los Soprano*, Matthew Weiner. Sin embargo, el año pasado fue desbancada de los premios mayores por el drama de espías *Homeland*, y en los últimos meses ha visto como el máximo interés recaía en el último año de emisión de *Breaking Bad*, la cruda desventura de un profesor de química que decide empezar a fabricar metanfetamina para costearse el tratamiento privado de un tumor cancerígeno. El final de *Breaking Bad* reunió a más de diez millones de espectadores en Estados Unidos y se emitió de manera inmediata, subtítulo, en una decena de países.

Aunque la mayor parte de los trabajos citados corresponden a argumentos realistas más o menos convencionales, ocupando el espacio que ese tipo de tramas dejaron de protagonizar en el cine, la revolución de las series ha alcanzado a todos los géneros. Se han realizado destacadas producciones históri-

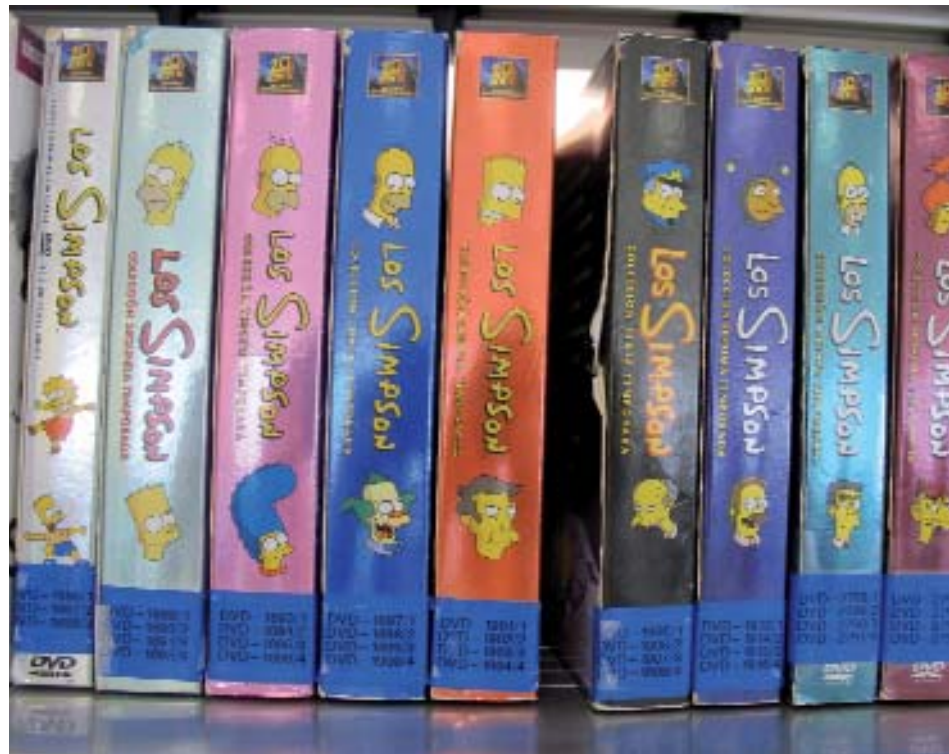
Los seguidores más fieles de las series en todo el mundo ven los capítulos unas horas después de su emisión en Estados Unidos.

¿Hay tele fuera de EE.UU.?

Aunque el eje de este desarrollo de la ficción televisiva es Estados Unidos, también hay series de otros países que están consiguiendo una gran relevancia internacional. Gran Bretaña se encuentra en cabeza, tanto por razones idiomáticas como por su consolidada tradición en este sector. *Downtown Abbey*, un drama familiar a comienzos de siglo con ecos de la histórica *Arriba y abajo*, se ha convertido en un éxito tanto en Estados Unidos como en otros países, como España. Y ha abierto la puerta a la distribución internacional de numerosas producciones en particular de la BBC, que ha creado un canal de televisión en América. De vez en cuando, además, se producen éxitos tan sorprendentes como el de la serie danesa *Forbrydelsen*, que se convirtió en un fenómeno en Reino Unido desde donde saltó más modestamente el Atlántico. Sin embargo, la televisión americana decidió adaptar la historia bajo el título de *The Killing*, al igual que también ha convertido en producciones propias la israelí *En terapia* o la sueco-danesa *Broen* (*The Bridge* en Estados Unidos).

cas, como *Los Tudor* o *Roma*; nuevas miradas al western como *Deadwood* o *Hell on Wheels*; aventuras espaciales con un toque realista, como *Battlestar Galactica*; dramas bélicos como *Band of Brothers*; terror en el caso de *American Horror Story*, o acercamientos a los clásicos del policíaco como *Elementary*.

Sit-com y TV movies. Frente al auge de este tipo de producciones de gran empaque, de episodios en torno a los 40-50 minutos de duración, la *sit-com*, la comedia de veinte minutos, un género tradicional en la televisión estadounidense, sufre una relativa crisis. *Friends* coincidió en el tiempo con las que son consideradas por lo general como las



obras maestras de este género, *Seinfeld* y *Frasier*. Su trono hoy se lo disputan sobre todo *Modern Family*, comedia familiar de reparto coral, y *The Big Bang Theory*, las cómicas desventuras personales de unos científicos californianos.

También comienzan a proliferar destacadas *tv movies*, es decir, películas de duración convencional pero rodadas directamente para su emisión en televisión. Este año, la ganadora de todos los premios ha sido *Behind the Candelabra*, cuya factura, presupuesto y responsables —el director Steven Soderbergh, los actores Michael Douglas y Matt Damon—

están a la altura de un gran lanzamiento de Hollywood.

En 2013 se ha producido un nuevo fenómeno que da cuenta de los cambios del sector: las primeras series que no son producidas por canales de televisión. La que más éxito ha tenido por el momento ha sido *House of Cards*, un drama político protagonizado por Kevin Spacey que distribuye el servicio de televisión a la carta Netflix. Los espectadores que pagan por este producto pueden acceder a los episodios cuando deseen, sin esperar a una hora de emisión. También el gigante de la distribución Amazon se lanzará a este negocio con cinco producciones, entre las que destaca *Alpha House*, una comedia que cuenta como estrella con John Goodman.

Determinar si esta revolución es un fenómeno pasajero o irreversible resulta prematuro, pero voces como las de Steven Spielberg, que produce numerosas series, ya han sido claras: “solo habrá cuatro o cinco grandes películas al año, el precio de las entradas se acercará al del teatro y el resto será televisión”, declaró hace unos meses. ●

Empresas ajenas a la televisión convencional como Amazon comienzan a producir sus propias series para comercializarlas por canales alternativos